

Los ANNALES y la historiografía peruana (1950-1990): mitos y realidades

Manuel Burga*

La escuela histórica de *Annales*, evidentemente, es parte integrante de la historiografía francesa del siglo XX. Una historiografía nacional tan heterogénea, rica en matices y plena de tendencias contrapuestas, unas modernas y otras sumamente tradicionales. Por lo tanto es necesario entender a la Escuela de *Annales* dentro de esta historiografía nacional, como producto de ella, como una tendencia modernizante que luego se volverá dominante hasta aparecer como la misma historiografía francesa. Por otro lado es necesario indicar que esta escuela debe entenderse también dentro de la dinámica evolución cultural, intelectual y política de Francia en el presente siglo. Esto se puede deducir muy bien del breve ensayo de Fernand Braudel, "Mi formación como historiador (1991)", donde, como actor y como testigo, analiza esta evolución.

Es indudable la influencia del filósofo Henri Berr y su *Revue de Synthèse*

Historique para el período 1890 - 1920 aproximadamente. Una influencia que provenía desde fuera de los ámbitos universitarios, lejos de los programas de estudios de las escuelas de historia en las universidades y más bien promovida e impulsada a través de una revista heterodoxa y de una activa tertulia intelectual: "La *Revue de Synthèse* no son únicamente artículos, y muy a menudo hermosos artículos que todavía hoy causan placer al releerlos; la *Revue* son también y más todavía, reuniones, conversaciones, intercambios de informaciones y de ideas". Esta labor nos hace recordar el proselitismo intelectual que Benedetto Croce y Federico Chabod desplegaron en Italia casi en el mismo período, hasta el punto de sacrificar sus propias investigaciones (BRAUDEL, *Id.*: 23). El esfuerzo de H. Berr, desde su *Revue* y su tertulia, que apuntaba a promover y fomentar la convergencia de las ciencias sociales, los estudios de

* Ponencia presentada en el Coloquio Internacional *Los Annales en América Latina* organizado por FLACSO-Sede México y la División de Estudios de Postgrado de la Facultad de Economía de la LINAM. México, 18 al 22 de octubre de 1993. La versión original de esta ponencia ha sido publicada en la revista *Eslabones*, México, enero / junio 1994: N° 7. La versión que ahora se publica ha sido corregida y ligeramente aumentada.

síntesis, tendrá una concreción exitosa con la fundación de la *Revue Annales* por Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929. Una Revista editada desde una universidad francesa de provincias, la Universidad de Estrasburgo, que profundizó la ruptura, se situó en el campo específico de la historia y, a la vez, pasó de las discusiones teóricas, abstractas y filosóficas al análisis de temas más concretos y empíricos.

Los animadores de la revista, Marc Bloch y Lucien Febvre, desde que se conocieron (1919) hasta la muerte del primero (1944), durante 25 años de fecundo trabajo compartido, dieron ejemplo de coincidencia, intercambio de ideas y de colaboración intelectual por encima de cualquier discrepancia personal. No quisiera ingresar a los pormenores de la Escuela de *Annales*, sino limitarme a lo esencial y a los rasgos, hechos y características de esta escuela que me interesa tomar en cuenta para analizar luego su influencia en un sector de la historiografía peruana más reciente.

En resumen: una revista, una tertulia informal, un espíritu iconoclasta (en relación a la historia tradicional), una actitud herética (respecto a las teorías liberal o marxista), una convicción científica globalizante y un acercamiento sistemático al proceso intelectual, científico y cultural de Francia de la época, podrían ser los rasgos esenciales de la denominada *Ecole d'Annales* y los que más me interesan en este caso. El espíritu iconoclasta se cultivó desde los años de H. Berr y se manifestó como una crítica aguda a la denominada *histoire événementielle*; al relato histórico que privilegiaba la historia política, de los acontecimientos, del papel decisivo jugado por los grandes hombres, la descripción de las batallas militares o las agitaciones nerviosas de la sociedad civil.

La Escuela de *Annales* prefirió el estudio y análisis de las fuerzas ocultas, de mediano y largo plazo, que explicaban los acontecimientos de muy corta duración. La actitud herética es posible encontrarla a nivel metodológico y político: los fundadores de *Annales* fueron reacios al dogmatismo teórico y promovieron lo que empezaron a denominar una *historia total*, que incluyera lo social, lo económico, lo político e incluso las actitudes mentales. Los herederos de esta escuela, los que tomaron la conducción de la revista a partir de 1968, sufrieron el desencanto político del marxismo y por eso no tuvieron ningún problema en acercarse a otras teorías, como el estructuralismo, por ejemplo. En general podemos decir que los historiadores de esta escuela bebieron en muchas fuentes teóricas, pero en ninguna de manera exclusiva y lógicamente no cayeron en el dogmatismo y utilitarismo político de la historia, ni en el discurso con fuerte implicación ideológica. Además, es necesario indicar que, tal como lo hace Jacques Le Goff², la revelación de las realidades del estalinismo y la avasalladora presencia militar soviética en Europa del Este llevaron a los jóvenes historiadores comunistas franceses de los años '50 a interrumpir la militancia política, a alejarse del marxismo dogmático y a acercarse de manera muy sistemática, y a la vez burocrática, a la llamada *Escuela de Annales*. Salvo algunas raras excepciones, como la de Georges Duby, que se consideraron parte de esta corriente historiográfica pero sin renunciar a los principios fundamentales del marxismo³.

La convicción científica globalizante que se manifiesta desde la etapa pre-*Annales* -anterior a 1920, lógicamente con la influencia de Henri Berr, permite ya en los años '20 un acercamiento más

refinado a la geografía, la economía, la sociología, la psicología, la lingüística y finalmente a la antropología. Bastaría recordar los libros *Les rois thaumaturges* (1924) y *Martin Luther. Un destin* (1927), de Marc Bloch y Lucien Febvre respectivamente, para entender este proceso. En los años '30 y '40 la revista privilegia lo económico, para más tarde -desde los años '50, específicamente- abrirse a las otras ciencias sociales y al estudio de lo social, lo cultural y lo humano en general. Para luego, en su última etapa, la actual, aproximarse a la historia de las mentalidades y de las relaciones de género. Esta convicción científica globalizante, cultivada gracias a su independencia respecto de teorías sociales y doctrinas políticas, permitió a esta escuela una renovación constante y permanente. Así pudieron enriquecerse con la vecindad al marxismo, al funcionalismo y al estructuralismo, pero sin encerrarse en ninguna de esas denominadas teorías sociales o escuelas de pensamiento.

Esta convicción, además, les permitió involucrarse, nutrirse y relacionarse estrechamente con el desenvolvimiento de las tradiciones -para no decir teorías, ni escuelas- intelectuales, culturales y científicas francesas del siglo XX: ¿qué representante de la Escuela de *Annales* no había leído y asimilado los libros más importantes de Emile Durkheim, François Simiand, Marcel Mauss, Maurice Halbwachs, Lucien Goldmann, Michel Foucault, Jacques Lacan, Jean-Paul Sartre y Claude Levi-Strauss? Para mencionar sólo unos nombres, excluyendo injustamente a geógrafos, economistas y filósofos que también influyeron poderosamente en los historiadores de esta escuela. Esta suerte de libertad para "visitar", como solía decir F. Braudel, las otras ciencias sociales, enriqueció a la

Escuela de *Annales*, a tal punto de dominar la historiografía francesa, opacando -de alguna manera- el marxismo ortodoxo de Pierre Vilar, el marxismo remozado de Michel Vovelle, el conservadorismo teórico de Pierre Chaunu y la rica e imaginativa historia institucional de Roland Mousnier y de otros viejos historiadores franceses reticentes a las novedades que traían las ciencias sociales. Entonces, la Escuela de *Annales*, tal como es ampliamente conocido, es una tendencia moderna dentro de la historiografía francesa, amplia, heterogénea y de conocida vocación nacionalista.

También quisiera anotar que, mirada desde un país latinoamericano, los cuatro períodos de la *Revista Annales* -y metafóricamente de la escuela encarnada en ella-, desde los fundadores (interesados en la historia social, económica y cultural), pasando por la geohistoria de F. Braudel, hasta la generación interesada en las mentalidades y en la historia total, no significa (como lo indica Ruggiero Romano)⁴, una renuncia a los fundadores, ni una deriva historiográfica, sino más bien una multiplicación de los territorios de estudio, una búsqueda de nuevas explicaciones a viejos problemas y una aproximación a otras ciencias sociales. Curiosamente este nuevo impulso busca, en mi opinión, emparentarse con los fundadores, L. Febvre y M. Bloch específicamente, y con algunos de los libros con los cuales se inicia el estudio de las actitudes mentales o de las mentalidades en la historia. Me refiero a *Los reyes taumaturgos* y *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*; *La religión de Rabelais*, de 1924 y 1942 respectivamente.

Hay algo que finalmente quisiera rápidamente retomar: su carácter innovador, no convencional y su independencia de las instituciones públicas tra-

dicionales. No conozco la evolución más reciente de esta escuela histórica, pero este alejamiento quizá me permite señalar ciertos hechos con mayor nitidez y rotundidad. Me detengo solamente en su independencia de las instituciones públicas y su compromiso con una visión renovada y renovadora de la historia francesa. F. Braudel (1991:28) señala, de manera muy esquemática, cuatro momentos en la conducción y dirección de la revista *Annales*: 1929 - 1945 (M. Bloch y L. Febvre); 1946 - 1956 (L. Febvre); 1956 - 1968 (F. Braudel) y el período posterior, que podría ser -por su esencia y naturaleza- muy cercano al presente, desde 1968 a la actualidad, bajo la conducción de Jacques Le Goff, Immanuel Le Roy Ladurie y Marc Ferro. No puedo detenerme a analizar cada uno de estos períodos, pero en cambio sí puedo afirmar que es muy notable la progresiva institucionalización de esta escuela desde la aparición de la *Maison de Sciences de l'Homme*. Casi todos los representantes de esta escuela, salvo error u omisión, son profesores de la *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales* o investigadores con un laboratorio en el CNRS o en la *Maison de Sciences de l'Homme*. Quedan ya muy lejanos los tiempos de Henri Berr, de M. Bloch, la tertulia de L. Febvre, para pasar -probablemente desde los tiempos de F. Braudel- a esas formas parisinas de trabajo -muy en boga actualmente y extensivas al conjunto de las ciencias sociales- que G. Duby, como buen medievalista, ha denominado como formas feudales de organización del trabajo. Esto explica quizá la pérdida momentánea de brillo de esta escuela y la emergencia de los ímpetus innovadores, iconoclastas de las posiciones "revisionistas", de François Furet, Mona Ozouf y de otros historiadores actualmente tra-

bajando en el Instituto Raymond Aron de París. Todo parecería indicar, si consideramos lo que sugieren R. Romano y el historiador mejicano Carlos A. Aguirre Rojas, que cuando esta escuela historiográfica fue perdiendo su fuerza en Francia, sus influencias y repercusiones se volvieron más notorias en el resto del mundo y especialmente en América Latina⁵.

1. La influencia clásica francesa en el Perú (1930 - 1950)

Digo clásica, para no decir inicial, tradicional o utilizar otro adjetivo aún más arbitrario. Quizá sería más adecuado decir la influencia solitaria, o individual, que ciertos intelectuales, historiadores o antropólogos franceses, ejercieron sobre algunos intelectuales o estudiosos peruanos durante este período de 1930 a 1950. No quisiera referirme a todos los afrancesados peruanos de este período, como los hermanos Francisco (1883 - 1953) y Ventura García Calderón (1886 - 1959), que vivieron mucho tiempo en Francia, escribieron en francés en algunos casos, pero que no tuvieron -quizá por la formación clásica literaria que poseían, por sus ideas políticas y por sus orígenes de clase- un acercamiento más o menos orgánico a la Escuela de *Annales*. Mención aparte merece José de la Riva-Agüero (1885-1944), como solía indicar Raúl Porras, *caudillo espiritual* de la generación del novecientos, quien poseyó una vastísima formación hispanista, gozó del padrinazgo intelectual de Unamuno y Menéndez y Pelayo en su juventud y que, como es un muy bien conocido, evolucionó desde sus posiciones *liberales futuristas* de los años 1910 -1919 a un conservadurismo político, a una abierta simpatía por los

fascismos europeos y a un catolicismo ultramontano entre 1930 y 1944, año de su muerte. Podríamos decir que Raúl Porras, como él mismo lo reconoció, no escapó a su influencia: "Por eso, tanto para los que le conocían como para los que le negaban, en un país donde la cultura, regida por la ley de la improvisación, está hecha de plagios y de clisés, pudo aparecer como un encomendero feudal, dueño de vastos e inajenables predios de la cultura, a menudo saqueados y devastados por depredadores de todo género, y que sólo un humanista excelso como él pudo señorialmente dominar⁶.

Quisiera más bien referirme a dos franceses muy conocidos en el Perú: Paul Rivet (1876 - 1958), antropólogo, lingüista, diputado socialista, muy interesado en la historia y fundador del *Musée de l'Homme* de París. Desde 1930, P. Rivet visitó frecuentemente el Perú, trabó amistad con numerosos estudiosos peruanos, fomentó los estudios antropológicos, históricos, lingüísticos y renovó la apreciación que se tenía de las culturas indígenas. Desconozco la relación que existió entre Paul Rivet y Alfred Métraux (1902 - 1963), pero es posible constatar una continuidad entre ellos. El libro del primero sobre *Los orígenes del hombre americano* (1943) defendió dos teorías histórico-antropológicas de amplia difusión y aceptación en el Perú: la inmigración tardía asiática y polinésica que pobló América y el autoctonismo de las culturas indígenas americanas. La segunda teoría, que provenía de la arqueología, le permitió un buen diálogo con el arqueólogo peruano Julio C. Tello y también con la moderna arqueología peruana y andina en general. Paul Rivet, durante este período, reunió una rica bibliografía peruana en el *Musée de l'Homme* de París, fomentó las investi-

gaciones antropológicas, arqueológicas y finalmente, lo que podemos considerar como una modalidad particular de influencia, donó una rica colección bibliográfica de estudios andinos a la Biblioteca Nacional de Lima.

Un segundo personaje francés fue Marcel Bataillon (1895-1977); hispanista, culto historiador literario, gran conocedor de la presencia de Erasmo y del humanismo en la España del siglo XVI. Desgraciadamente desconozco los pormenores de su presencia en el Perú⁷, a pesar de haber tenido un rápido acceso a la correspondencia de la historiadora peruana Ella Dunbar Temple y haber podido constatar que ella mantuvo una cierta comunicación con M. Bataillon. Además de los libros dedicados y varias otras publicaciones menores que envió a la historiadora peruana, quien probablemente conoció al académico francés en la tertulia del historiador peruano Raúl Porras Barrenechea (1897 - 1960), gran conocedor de las crónicas históricas de los siglos XVI - XVII, historiador culto y literario, que influyó muchísimo en toda una generación de historiadores que podríamos denominar "*La generación de los años '50*". La afinidad entre Bataillon y Porras Barrenechea parece indiscutible; ambos intentaron conocer los aspectos positivos que España trajo al Nuevo Mundo. Los estudios de M. Bataillon, por otro lado, sobre Fr. Francisco de la Cruz (quemado vivo por la Inquisición en Lima, 1572), sobre el significado de la rebelión de Gonzalo Pizarro (1548), y sobre el original lenguaje de los cronistas españoles del siglo XVI sirvieron de inspiración a R. Porras Barrenechea e incluso a sus discípulos más cercanos como Ella Dunbar Temple. François Chevalier, el gran mejicanista, fue otro historiador francés que, de diversas maneras, influyó notablemente

sobre la generación de historiadores de los '50. Su estudio clásico *La formation des grands domaines au Mexique. Terre et société aux XVI - XVIIe siècles* (1952) o sus *Instrucciones a los hermanos jesuitas administradores de haciendas* (1950) y un ensayo sobre la expansión de la hacienda andina peruana a fines del siglo XIX e inicios del XX tendrán una notoria repercusión en algunos historiadores peruanos.

Estos cuatro personajes, Paul Rivet, Marcel Bataillon, Alfred Métraux y François Chevalier, influyeron de manera muy desigual sobre diversos especialistas peruanos. La influencia de Marcel Bataillon, hispanista y generoso intérprete de la historia española de la época colonial, afectará principalmente a Raúl Porras Barrenechea y a algunos historiadores conservadores nucleados dentro de el Instituto Riva-Agüero de la Universidad Católica de Lima. Por otro lado, Paul Rivet y Alfred Métraux, con sus diversos estudios y relaciones personales, terminaron contribuyendo eficazmente al redescubrimiento de lo andino, de los indígenas quechuas y de sus culturas sobrevivientes en pleno siglo XX. El pequeño gran libro de A. Métraux, *Les Incas* (1961), además de popularizar los resultados de las investigaciones de John V. Murra, contribuyó a confirmar la concepción de que los campesinos quechuas de la actualidad, sumidos en la miseria y en la explotación feudal andina, eran los detentadores, reinventores, herederos de la cultura, material y espiritual, que poseyó el *hatunruna* (mayoría social) de la época inca. Los estudios de ambos antropólogos apuntarán en esta misma dirección: hacia el descubrimiento de la historia y de la cultura de los hombres andinos, de los indígenas, de los conquistados en el siglo XVI. Los estudios de F. Chevalier, de la misma manera, apuntan en esta

misma dirección: estudiar las diversas dimensiones de la historia rural andina; las haciendas, las comunidades indígenas y el campesinado andino. La influencia clásica francesa sobre la historiografía peruana, en este período de 1930 a 1950, se hará efectiva sobre personas aisladas, a través de contactos esporádicos y lejanos. Eran las visitas de estos personajes al Perú, así como la circulación restringida de sus libros y estudios los principales mecanismos de transmisión de la influencia clásica francesa.

2. Mitos (1950 - 1970): las primeras influencias de la Escuela de *Annales*.

En el Perú, con una cierta nitidez, podemos distinguir a una generación de historiadores de los años '50, a la que podríamos llamar la *Generación de la Ruptura*. A ella pertenecen, entre otros Carlos Aranibar Zerpa, Armando Nieto Vélez (n. 1931), Waldemar Espinoza Soriano (n. 1936), Antonio del Busto Duthurburu (n. 1932), Luis Millones, Miguel Maticorena Estrada, Franklin Pease (n. 1939) y Pablo Macera (1929). En la arqueología podemos mencionar a Duccio Bonavia (n. 1935) y Ramiro Matos Mendieta. En la lingüística a Alfredo Torero; en la sociología a Aníbal Quijano, Julio Cotler y Carlos Franco y en la antropología a José Matos Mar (n. 1921) y Héctor Martínez. Me interesa, en este caso, analizar solamente al grupo de los historiadores y en particular a uno de ellos: Pablo Macera.

Este grupo, de los nacidos más o menos entre 1929 y 1939, que realizó sus estudios en los años '50, se formó bajo la influencia de dos corrientes tradicionales de la historiografía peruana de entonces: a). La del Instituto Riva-Agüero en la Universidad Católica de Lima (bajo

la influencia del pensamiento católico, conservador y aún hispanista del historiador José de la Riva-Agüero); y b). La de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos bajo la influencia liberal, literaria, hispanista y erudita de Raúl Porras Barrenechea. Habría aquí que distinguir -de manera muy general- hasta tres periodos en la vida de Porras historiador: los años de estudios universitarios (y aún los '20), cuando su familia vivía aún en la calle Mogollón del centro de Lima, en que frecuentó estrechamente a los miembros de la denominada Generación del Centenario como lo indicó Jorge Basadre, "... pues allí se reunía con frecuencia un grupo, en el que estaban Carlos Moreyra y Paz Soldán, Guillermo Luna Cartland, Ricardo Vegas García, Víctor Raúl Haya de la Torre, Jorge Guillermo Leguía, Luis Alberto Sánchez, Humberto del Aguila y otros estudiantes"⁸. Los años '30, cuando Riva-Agüero regresa de Europa y ante el ascenso de los fascismos europeos, Porras cae bajo la esfera de influencia del *caudillo espiritual*, "Nunca estuvo Porras tan cerca de Riva Agüero en el ánimo y en el espíritu. Es el Porras de la primera madurez, el hispanista combativo, el último conquistador, como se llamaba a veces con ironía y con un poco (nada más que un poco) de verdad", dice Luis Loayza⁹.

Luego viene el interesante período del Porras liberal (1949 - 1960): "preferimos al otro, al Porras de los últimos años, que comienzan en 1949 a su regreso a Lima, después de renunciar a la embajada en España. Cambió su vida, fueron cambiando seguramente algunas de sus ideas. Mantuvo una lealtad apasionada a la memoria de José de la Riva-Agüero pero fue haciéndose más liberal; quizá le interesaban un poco menos los conquistadores y un poco

más el Inca Garcilaso (L. LOAYZA, *ídem*: p. 10)". Es ya el Porras, que en los años '50, dará vida a una intensa y animada tertulia en su casa de la calle Colina, en el entonces aristocrático distrito de Miraflores¹⁰. Esta relación con la juventud, en su casa, alrededor de los libros, es uno de los méritos mayores que le concede Washington Delgado: "Yo concurrí a ella muchas noches, aunque no tantas, por cierto, como hubiera deseado. En el vestíbulo de esa casa, o en alguna de sus habitaciones atestadas de libros, un grupo de jóvenes, entusiastas y esperanzados como todos los jóvenes, escuchábamos la charla amena, cálida, a ratos punzante, siempre magistral del maestro Porras¹¹. A finales de los años 50 era canciller de la república, es decir, ministro de Relaciones Exteriores, y ganó un gran prestigio nacional cuando defendió en la asamblea de la Organización de los Estados Americanos, realizada en Costa Rica en 1960, la libertad de Cuba a elegir su propio sistema de gobierno. El mismo Washington Delgado lo recuerda muy emocionado "Es necesario recordar sobre todo este episodio definitivo de la existencia de Raúl Porras por que ahí reside la medida exacta de su grandeza humana y porque en esta hora de rebelión y crisis, este episodio constituye una lección permanente de dignidad moral (*Idem*, p.X)".

En la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, en estos años '50, logró consolidar la existencia del Instituto de Historia, reformar el plan de estudios de la especialidad, oponerse al avance arrollador de la apristización en la Universidad, desarrollar cursos sobre fuentes históricas peruanas que atraían al público en general y discutir acerca de la naturaleza, científica, humanista y literaria, de la historia. Los libros de Jakob Burckhardt, Leopold von Ranke,

Theodor Mommsen, B. Croce, Thomas Carlyle, Fustel de Coulanges, J.G. Droysen y Friedrich Meinecke, por ejemplo, fueron discutidos, junto a los clásicos griegos y latinos. Raúl Porras, un hombre de una vasta y refinada cultura, diplomático de carrera, brillante maestro universitario e historiador de vocación, se interesó por casi toda la historia peruana, del siglo XVI al XX. Bastaría recordar sus publicaciones sobre las crónicas y los cronistas de los siglos XVI y XVII, su interés permanente por escribir un gran libro sobre el conquistador Francisco Pizarro, sus estudios sobre la Independencia, su admiración por el ideólogo republicano José Faustino Sánchez Carrión y finalmente sus publicaciones, casi como correlato obligado de su oficio de diplomático, sobre la historia de las fronteras peruanas. Sin embargo, hay que decirlo para que quede muy claro, su interés permanente fueron las crónicas y los cronistas de la época colonial: las estudió, analizó, descubrió algunas y publicó muchas en ediciones modestas, pero muy bien cuidadas. En este campo encontramos su contribución más original e importante.

Por otro lado, si analizamos con cuidado la obra de este historiador podríamos descubrir su gran interés —especialmente en los últimos 15 años de su vida— en entender el Perú como colectividad mestiza, construida por la acción de los grandes hombres, producto de eventos notables (el Tahuantinsuyo, la conquista, la evangelización y la independencia), realizados tanto por indígenas, españoles, criollos y mestizos, incluyendo aún a otros grupos étnicos minoritarios. Su interpretación de la historia peruana, a lo Jules Michelet de la Francia del siglo XIX, se acercaba a la idea romántica de considerar a la nación, la colectividad, la república moderna, co-

mo el gran resultado del proceso histórico peruano. Raúl Porras Barrenechea no tenía dudas al definir el Perú: lo entendía como una nación mestiza, integrada, andina, occidental y cristiana. Enriquecida y fortalecida con la llegada de los españoles y el advenimiento de la cultura occidental. Esta posición lo alejó de la gente del Instituto Riva-Agüero, lo decidió a promover una tertulia informal y como para compensar, o disimular, su interés por el conquistador Pizarro, dedicó una preferente atención a estudiar al cronista mestizo peruano Garcilaso Inca de la Vega (1539 - 1616). Siguió sus pasos en España, en las ciudades donde el Inca vivió, primero en Montilla (1560 - 1590) y luego en Córdoba (1590 - 1616): descubrió numerosos documentos garcilasianos, entabló amistad con estudiosos montillanos, con el alcalde de esta ciudad y recuperó, para la memoria de Montilla, el recuerdo de los 30 años pasados por el Inca Garcilaso en esta pequeña ciudad andaluza. Raúl Porras Barrenechea, descendiente de blancos criollos de la región de Ica (costa sur del Perú), empujado por sus convicciones intelectuales y políticas, defendió el mestizaje, sin renegar de la herencia española, pero sin apreciar la real importancia y dimensión de las culturas indígenas andinas. Su gran interés, ternura y dedicación a estudiar y comprender la obra del Inca Garcilaso, un mestizo cultural y biológico, y su enorme dificultad para leer y entender a Guaman Poma de Ayala, cronista indio ayacuchano de la misma época, resumen muy bien su interpretación de la historia peruana y su definición del Perú como nación. Pero no podemos dejar de reconocer el mérito innegable de su estudio pionero "El cronista indio Felipe Huamán P. de Ayala" de 1946 donde habla de la utopía reformista de

este cronista. Si bien pudo equivocarse al buscar una buena sintaxis y gramática castellanas en este cronista, al criticar las que encontró, tuvo muchos aciertos al analizar el significado político de la propuesta reformista del autor de *Nueva Corónica y Buen gobierno*.

A la tertulia que se reunía al rededor del maestro Raúl Porras asistían jóvenes historiadores, literatos, antropólogos, arqueólogos y lingüistas. Era un cenáculo multidisciplinario donde los jóvenes encontraban las novedades que el maestro comentaba, donde se establecían nuevas amistades y los jóvenes se acercaban a connotados especialistas extranjeros interesados en el Perú. Allí conocieron, muy probablemente, a Paul Rivet, Marcel Bataillon, Philip A. Means, Fernand Braudel, Louis Baudin, Hienrich Cunow, Herman Trimborn, George Kubler, John H. Rowe, John V. Murra, Manuel Ballesteros, François Bourricaud y R. Tom Zuidema, por ejemplo. Americanos y europeos, buenos especialistas, algunos jóvenes y otros ya consagrados, interesados en la parte no occidental de las realidades peruanas.

Los discípulos de Raúl Porras Barrenechea, de nuevo me limitaré solamente a los historiadores, siguieron las huellas -cada uno a su manera- del gran maestro. Esto es aún más notorio en los mismos años '50 y en el primer lustro de la década siguiente: continuaron con los estudios de las crónicas, los cronistas, la conciencia criolla en el siglo XVIII, los jesuitas, la independencia criolla de 1821 y los problemas de una república criolla, mestiza y occidental. ¿El maestro pudo más que los esporádicos visitantes a la tertulia de la calle Colina? Los discípulos, al parecer, continuaron la huella del maestro solamente por unos años y luego acentuaron su independencia inte-

lectual, política y profesional. ¿Cuáles fueron los caminos de la libertad y la independencia? En primer lugar y, de manera definitiva, la muerte del maestro en 1960 y la necesidad de buscar nuevas amistades y padrinos, como el gran historiador de la República Jorge Basadre Grohmann (1903 - 1980), al etnohistoriador Luis E. Valcarcel (1891 - 1984) o al literato Luis A. Sánchez (n. 1900) que comenzaron a gravitar sobre algunos de los que formaban parte de la tertulia anterior.

Luego las becas al extranjero, principalmente a Francia y a otros países europeos. Así como los literatos se trasladan y se instalan en Europa (como Julio Ramón Ribeyro y Mario Vargas Llosa), algunos jóvenes historiadores hacen tímidamente lo mismo: Miguel Maticorena pasa cerca de 20 años en el Archivo de Indias de Sevilla, Pablo Macera un año en París y Waldemar Espinoza, al igual que María Rostworowski de Diez Canseco, visitan en diversos momentos los archivos españoles. Aquí quisiera mencionar un caso especial, el de Ella Dunbar Temple (n. 1918), que estudió en la Universidad Católica de Lima, participó esporádicamente en la tertulia de la calle Colina de Miraflores, aunque 15 años mayor -en promedio- que todo el grupo antes mencionado. Por ansias de independencia, originalidad o por influencias de los visitantes extranjeros a la tertulia, desde fines de los años '30 y particularmente en los años '40 se dedicó a desarrollar originales investigaciones sobre la historia de las familias nobles indígenas del período colonial: los incas del Cuzco y los huancas del Perú central durante los siglos XVI - XVIII¹². Recuerdo haber visto en un ejemplar de sus "Caciques Apoalaya" (1943) obsequiado a Raúl Porras, conservado en la colección que este historiador donó a la

Biblioteca Nacional, una tímida dedicatoria manuscrita al maestro¹³ donde casi se excusaba de ocuparse de temas que supuestamente no pertenecían a la "gran historia", criolla o mestiza del Perú.

María Rostworowski de Diez Canseco (n. 1915) recorrió también este camino de independencia y autonomía; mujer autodidacta, que pasó muy rápidamente por la diplomacia peruana, gran conocedora de los archivos andinos, con la publicación de su importante libro *Pachacutec Inca Yupanqui* en 1953 inició su fecunda carrera de historiadora. Las dos mujeres, probablemente por razones cronológicas, de posición social o de género (casadas o solteras pero con independencia económica), dan este importante paso. Ella Dunbar Temple, por diversas razones, dejará el tema preferido de su juventud y dedicará todo su período de madurez al estudio de las instituciones prehispánicas y coloniales, pero sin continuar con el ritmo de publicaciones que tuvo en los años '40. Por otro lado María Rostworowski, mostrando una admirable vitalidad, un sistemático trabajo en archivos y una envidiable formación autodidacta, desde el Instituto de Estudios Peruanos, ha desplegado un productivo esfuerzo que le ha permitido publicar casi una docena de libros importantes en los últimos 15 años sobre la denominada etnohistoria andina o historia de los pueblos indígenas sin escritura. Estas dos mujeres, por razones que ahora no me detengo a discutir, transitan -antes que los varones que rodearon a Raúl Porras- hacia la independencia y autonomía. Ellas son verdaderamente las fundadoras de la etnohistoria andina. Equivalentes para la historia colonial a lo que Julio C. Tello significó para la arqueología y Luis E. Valcárcel para la historia inca. Se adentran, a través de los archivos y las cróni-

cas coloniales, por los caminos de una moderna historia andina.

Un camino similar siguió Waldemar Espinoza: la historia de la conquista española, de los movimientos anticoloniales, de los grupos étnicos, de las instituciones hispánicas y del imperio de los incas. W. Espinoza, como lo indicó Pablo Macera en 1973, es un gran investigador de archivos, un infatigable trabajador, siempre atento a las nuevas publicaciones, pero casi cautivo del ensayo y de la fascinación de sus propios hallazgos documentales. La suma total de su obra, enorme por cierto, espera aún un balance, pero sin lugar a dudas deja traslucir -con mucha nitidez- la influencia de las nuevas inquietudes por estudiar las sociedades rurales y la parte no occidental de nuestra historia.

Luego quisiera detenerme en Pablo Macera (n. 1929), uno de los asistentes a la tertulia de Raúl Porras que mostraba, desde los primeros momentos, una exhuberante imaginación, una optimista vocación, una curiosidad permanente y una inteligencia muy viva. Pero a pesar de estas características, tan propias de su origen social (honorable clase media provinciana) y de una personalidad sin inhibiciones, no logró descubrir, ni explorar -en los años '50- nuevos territorios históricos, sino que continuó -con nuevos brillos y auténticas ideas- el derrotero señalado por el gran maestro. Su primer libro *Tres etapas en el desarrollo de la conciencia nacional* de 1958, ganador del premio Fanal de la International Petroleum Company, era la búsqueda de las raíces del pensamiento independentista y anticolonial en las tradiciones intelectuales criollas del siglo XVIII. Las conclusiones de este libro las hubiera podido dictar el maestro antes de que la investigación haya concluido. Quizá por esto he escuchado decir a Pablo Macera,

en varias oportunidades, que se avergonzaba de este libro, lógicamente de su juventud, y ciertamente por esta razón se negó sistemáticamente a reeditarlo. Ignoro lo que sucedió en las relaciones entre R. Porras y P. Macera entre 1955 y 1960, pero lo cierto es que Luis A. Sánchez da testimonio que pocas, semanas antes de morir, Raúl Porras Barrenechea se preocupaba seriamente del joven profesor Macera que a fines de setiembre de 1960 partía a Francia a realizar estudios e investigaciones por un año¹⁴. Unos meses más o unos meses menos, pero lo suficiente para acercarse al idioma francés, a las librerías del Quartier Latin, trabajar en la Biblioteca Nacional de París, visitar Les Archives Nationaux de France y escuchar a algunos historiadores en la entonces Ecole Pratique des Hautes Etudes¹⁵. Hacía ya cuatro años que había muerto Lucien Febvre, pero se hablaba aún mucho de sus libros y Fernand Braudel, entonces un hombre de 58 años, dirigía ya dinámicamente la revista *Annales* y desde el College de France, en la plenitud de sus capacidades, alentaba investigaciones multidisciplinarias sobre el siglo XVI europeo. En este momento el libro de François Chevalier, sobre México rural de los siglos XVI y XVII (1952), elaborado bajo la influencia de la Escuela de *Annales*, estaba en boga y era de consulta casi obligatoria para cualquier estudioso latinoamericano. El estructuralismo de Levi-Strauss recién iniciaba su despegue, pero sus repercusiones en las demás ciencias sociales aún no eran muy importantes en el horizonte intelectual francés.

El resultado de la estadía de Pablo Macera en Francia fue una tesis de bachiller, presentada en San Marcos a su regreso, que denominó *La imagen Francesa del Perú* (1962), y que luego de unos

años fue publicada como libro (1976). Pero lo más interesante que trajo fueron las ideas, los libros y las nuevas amistades: las menciones durante sus clases a Ernest Cassirer, Marc Bloch, Lucien Febvre, François Simiand, Ernest Labrousse, Paul Mantoux, Henri Pirenne, Benedetto Croce, Paul Hazard, Max Weber, Karl Marx y Pierre Vilar eran reveladoras de sus nuevas inquietudes. Luego de su regreso, por su brillantez y heterodoxia, al igual que el otro discípulo de Raúl Porras, Carlos Aranibar Zepa, se hizo cargo del curso Historia General del Perú que debían llevar todos los alumnos ingresantes a la Facultad de Letras de entonces. Transmitía entusiasmo, ideas nuevas, involucraba a sus estudiantes en sus investigaciones, prestaba generosamente libros y reunía en su casa, casi de manera sistemática, a un pequeño grupo de alumnos que provenían de las ciencias sociales en general. Era un esfuerzo por repetir la tertulia de Raúl Porras; en un lugar más mesocrático, la calle José Díaz, junto al Estadio Nacional de Fútbol, a 100 metros del populoso barrio La Victoria, en una vieja casona, quizá de los años '40, pero donde los que asistíamos podíamos escuchar inteligentes conversaciones, fortalecer nuestras vocaciones y acceder a las novedades que se publicaban en el campo de las ciencias sociales y en la Historia en particular. Las habitaciones del primer piso de su casa estaban colmadas de libros, ficheros de investigación, artesanías de diversas regiones del Perú y algunos cuadros de pinturas coloniales. En los años '60 era un historiador poco conocido periódicamente, un intelectual brillante, con una curiosidad sin límites, con un estilo de vida austero, hasta estoico, muy tradicional, respetuoso de las devociones religiosas, alejado de las militancias políticas, amigo de

la gente de izquierda, apegado a la familia y ciertamente satisfecho de la honorabilidad de las familias Macera y Dall'orso, que le daban sus dos apellidos. El primero de menor alcurnia que el segundo.

En la casa de la calle José Díaz, en la irregular tertulia, a la cual asistían jóvenes de San Marcos y la Universidad Católica, entre las tensiones del trabajo en equipo y la visita de profesores extranjeros, se produce el nacimiento de una moderna historia crítica, nacional, andina y peruana. El primer paso, como ruptura de su formación anterior, fue su acercamiento a la historia económica: el libro de Max Weber (*Historia económica general*), el de H. Pirenne (*Historia económica y social de la edad media*), el de Ernest Labrousse (*Historia social y fluctuaciones económicas*), de Earl J. Hamilton (*El tesoro americano y la revolución de los precios en Europa*), de Ruggiero Romano (*Chile en el siglo XVIII: una economía colonial*) y la gran antología de Pierre Vilar, *Crecimiento y desarrollo* de 1964, nos acercaron a una dimensión nueva de la historia económica y a uno de los grandes historiadores marxistas del momento, P. Vilar. En sus cursos también conocimos los libros de Mario Góngora, Rolando Mellafe, Alvaro Jara y Germán Carrera Damas. Algunos de ellos, incluso, pasaron por las aulas de nuestra facultad de entonces.

Esta tertulia, bastante informal y libre, hacia 1966, se convirtió en el Seminario de Historia Rural Andina. En los años 1964 y 1965, P. Macera, con un grupo de nosotros, había explorado intensamente los fondos de Temporalidades (documentos de los jesuitas recogidos por la administración española luego de la expulsión de 1767) que se encargó del secuestro de los bienes de la Compañía de Jesús, rurales y urbanos,

y de su administración posterior. Los libros contables, las titulaciones de las haciendas, los papeles de los jesuitas le permitieron ingresar firmemente en la historia rural andina. Su entusiasmo por la historia económica y por los papeles de la Compañía de Jesús era desbordante y contagioso. Sus estudios sobre la conciencia criolla, el pensamiento probabilista, la educación elemental en la colonia y las bibliotecas privadas habían quedado atrás. La historia económica le permitió el acercamiento al estudio del funcionamiento de la hacienda andina, al entendimiento del peso de la religión en las actividades económicas ignacianas y a las diversas formas de reclutamiento y explotación de las poblaciones indias. Negros esclavos, indios siervos y asiáticos esclavizados se convierten en los personajes centrales de sus investigaciones. Su interés por la historia rural, desde las haciendas feudales andinas a las plantaciones esclavistas de la costa, lo llevó a explorar la larga duración de los siglos coloniales y republicanos. Le interesaban los precios, los salarios, los volúmenes comercializados, pero más como expresiones cualitativas de una historia social que como magnitudes cuantitativas de una historia económica interesada en el número y las series estadísticas. El libro de P. Vilar, *Crecimiento y desarrollo*, y los ensayos de R. Romano, eran sus publicaciones de cabecera por estos años. En la década de los '70 regresa a sus intereses originales, la historia social, política y de la cultura en general. Pero esta vez para estudiar la historia andina, indígena y para profundizar su acercamiento a la historia de la sublevación de Túpac Amaru (1780-81), de los curacas rebeldes y de la cultura indígena y popular. Lo andino comienza a aparecer en una dimensión diferente en sus estudios: pueblos y formas

de vida derrotados en el siglo XVI, perseguidos y prohibidos en el XVII, intentando la recuperación de sus territorios y culturas en el siglo XVIII y víctimas de la marginación durante la república criolla de los siglos XIX y XX.

En sus esquemas generales de interpretación, como el expresado en su libro *Visión Histórica del Perú (del paleolítico al proceso de 1968)*, Lima, 1978, en los cuales se puede encontrar una notable influencia de José Carlos Mariátegui, comienza a entender nuestro proceso histórico como la historia de una enorme derrota, una continuada frustración y como la degradación constante de las poblaciones indígenas, quienes eran los legítimos -según él- dueños de los territorios peruanos y los que aportaban la originalidad y singularidad de la nación peruana. Su interés por el descubrimiento de lo andino se vuelve desbordante y apasionado: la historia, de acuerdo a él, adquiere su validez y utilidad social en tanto contribuía a revelar la historia de la explotación y de la marginalidad de las poblaciones andinas. Conquistadas y explotadas por los colonizadores españoles y nuevamente explotadas y marginalizadas por los criollos durante el período republicano.

Pablo Macera, de alguna manera, anunciaba -en sus ensayos, artículos y entrevistas periodísticas- que la revolución peruana debería pasar por la reivindicación de las poblaciones y culturas indígenas. Esta era una obligación política para los revolucionarios y una obligación ética y moral para los grupos dominantes en el Perú. La inevitabilidad de la reivindicación del indígena y el Perú como una nación forjada por las luchas, las ideas y la imaginación de los hombres andinos eran sus dos mensajes principales que cautivaban a los jóvenes, contagiados del marxismo y de las

ideas revolucionarias, que se acercaban a su entorno.

Pablo Macera, en los años '70, era el intelectual herético, iconoclasta, profético, augur, entrevistado constantemente por los periodistas, renovador, independiente y rebelde a los cautiverios intelectuales e institucionales. La universidad de San Marcos le daba apoyo y le permitía una independencia casi sin límites. Era herético porque nunca fue cautivo de las teorías sociales o doctrinas políticas: leía a Marx, Weber, Levi-Strauss, Lenin, Trostky, Kautsky y podía citar a cualquiera de ellos en sus escritos. Era a la vez iconoclasta por su renuncia al tipo de historia cultivado por Raúl Porras, por los criollos hispanistas del Instituto Riva-Agüero y por su interés en desarrollar una suerte de historia de los grupos oprimidos: practicó un nuevo estilo historiográfico y descubrió nuevas problemáticas históricas. Además era renovador en las metodologías y en los territorios históricos que comenzó a explorar (lo económico, lo social, lo cultural y la historia de las expresiones artísticas andinas). Una universidad nacional le permitió cultivar su independencia y rebeldía: no tuvo una revista, pero sí un mimeógrafo y multiplicó las publicaciones rústicas de limitada difusión. La tertulia, su espíritu iconoclasta, su actitud crítica, su convicción científica globalizante y su acercamiento a las tradiciones intelectuales peruanas lo convierten en un historiador cercano a la Escuela de *Annales*; sin que lo confiese, ni lo practique conscientemente, sino más bien por sus resultados finales.

Su independencia intelectual y su alejamiento de una abierta militancia política, su carácter antidogmático y su apertura a las diversas corrientes de las ciencias sociales lo convierten, aunque

no lo quiera o acepte, en un historiador afrancesado, muy cercano a la Escuela de *Annales*. Por otro lado las realidades peruanas de su época -más por el camino de los compromisos inconcidentes- lo condujeron a practicar un nuevo tipo de historia peruana que finalmente conduce a la emergencia de la moderna historia nacional andina. Que P. Macera sea un intelectual afrancesado es fácilmente constatable, casi indiscutible, aunque él no quiera ahora admitirlo, pero que sea un "Historiador de *Annales*", por su independencia, heterodoxia e iconoclasia, es una afirmación que nos conduce tanto por el camino del mito como de las realidades de la influencia de la Escuela de *Annales* en la historiografía peruana contemporánea.

3. Realidades (1970-1990): la generación afrancesada el marxismo y la revolución

¡Pablo Macera un historiador de la Escuela de *Annales*! El mismo Macera quizá no lo admitiría, por eso he llamado a ese capítulo "Mitos", por que se trata del período de las influencias, teóricas, metodológicas o temáticas, no conscientemente asumidas o deliberadamente practicadas. Nunca me pareció, por sus libros o sus clases en la Universidad, que haya realizado -en esa época- una lectura atenta y sistemática de los principales libros de Bloch, Febvre, Braudel, Labrousse o Vilar. Más aún, pienso que ninguno de los historiadores de su generación realizaron una lectura completa de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* de Fernand Braudel, por ejemplo. Esta carencia, muy probablemente, debilitó la consistencia teórica y metodológica de esta generación, pero por otro lado les dejó libre la imaginación para explorar

muchos territorios históricos y descubrir problemáticas en el proceso mismo de la investigación. Esta es la forma, por otro lado, según Paule Braudel, la esposa del historiador francés, como Braudel descubrió la tres duraciones de la historia¹⁶.

Con la generación nuestra, compuesta por quienes hemos nacido en los años '40, como Heraclio Bonilla y Alberto Flores-Galindo (1949-1990) por ejemplo, esta opción se vuelve más sistemática, coherente y casi asumida conscientemente. A finales de los años '60 la embajada francesa comienza a otorgar, a jóvenes egresados peruanos de ciencias sociales, becas de estudio de larga duración que permitían elaborar la ambiciosa tesis para obtener el doctorado de tercer ciclo en la Universidad Francesa luego de seguir, por lo menos, tres años de estudio en la Ecole Pratique des Hautes Etudes. Varios jóvenes peruanos, entre 1965 y 1975, pasamos entre dos y cuatro años, realizando este tipo de estudios. Las becas de estudios, los libros, los viajes, las nuevas amistades, serán los mecanismos más eficaces para que la relación con la Escuela de *Annales* sea más sistemática, coherente y consciente. Estas becas se ganaban casi sin respaldo institucional y más como consecuencia de las iniciativas personales, del azar de una recomendación inesperada y de las ganas por perfeccionarse en un postgrado en el extranjero. ¿Por qué Francia? ¿Por qué la Ecole Pratique des Hautes Etudes? ¿Por qué buscar la dirección de Pierre Vilar, Ruggiero Romano, Alain Touraine o Henri Favre? Francia era, entonces, 1968. París una ciudad libre, donde podía adquirirse una cultura heterodoxa, moderna, sólida, revolucionaria y acceder -a través del aprendizaje del idioma- a una bibliografía casi infinita de novedades en ciencias socia-

les. Pierre Vilar, luego de su gran libro *Catalogne dans l'Espagne Moderne* (3 vols.) de 1962, se había convertido en uno de los historiadores marxistas más importantes en el mundo y además uno de los pocos franceses que publicaban más en España que en la misma Francia. Los mejores ejemplos son *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*, ed. Ariel, Barcelona, 1964 y *Oro y moneda en la historia* que se convirtieron en nuestros libros favoritos entre los años 1966 y 1970. Por otro lado, Ruggiero Romano, quizá aún más estrechamente vinculado a la Escuela de *Annales*, había comenzado a innovar las investigaciones sobre la América del Sur de la época colonial construyendo series de precios para el siglo XVIII chileno. Además, su seminario de la rue Saint-Guillaume, en la Ecole Pratique des Hautes Etudes, Problemas de Historia Económica, lo tenía dedicado a la América Latina desde el año 1958, así como su apartamento del Boulevard Raspail estaba siempre abierto a todos latinoamericanos seriamente empeñados en hacer la tesis de tercer ciclo. En la Ecole Pratique, además, se podía escuchar a Fernand Braudel, Claude Lévi-Strauss, Nikos Poulantzas, Lucien Goldmann, frecuentar a jóvenes franceses que realizaban importantes investigaciones o que habían concluido libros que luego ejercerían una considerable influencia. Me limito a mencionar solamente dos: Pierre Duviols, *La lutte contre les religions autochtones dans le Pérou colonial. "L'Extirpation de l'idolatrie" entre 1532 et 1660*, Lima-París, 1971 y el de Nathan Wachtel, *La vision des vaincus. Les indiens du Pérou devant la conquête espagnole*, ed. Gallimard, también de 1971. París, en consecuencia, tenía un especial significado: aprendizaje del marxismo, del renovador avance de las ciencias socia-

les y acercamiento sistemático a la dinámica Escuela Histórica de *Annales*. Por todas estas razones, y gracias a las becas francesas de estudios, una docena de jóvenes egresados de facultades de letras y ciencias humanas del Perú, entre estos años 1965 y 1975, realizamos la anhelada aventura intelectual en Francia.

Quisiera detenerme solamente en dos casos representativos: Heraclio Bonilla (n. en 1940) y Alberto Flores-Galindo (1949-1990). Uno de la Universidad Nacional de San Marcos, entonces vigorosa y creativa, y el segundo de la Universidad Católica del Perú, particular, de confesión católica, de moderna creación (1916) y dinamizada por los jóvenes egresados de San Marcos que se convierten en sus entusiastas profesores. H. Bonilla provenía de la especialidad de antropología, donde había participado en diversos trabajos de campo en regiones rurales, costeñas y andinas. Un joven que provenía de una modesta familia de la ciudad de Jauja (Perú central), ubicada en el fértil valle del Mantaro, cercana a las grandes haciendas ganaderas de las regiones altas y a los centros mineros de las grandes compañías americanas. Su padre, incluso, era un trabajador más de estas gigantescas compañías. Estudió en París entre los años 1966-1969, bajo la dirección de Ruggiero Romano y muy cerca de Fernand Braudel, Pierre Chaunu, François Chevalier y Pierre Vilar. Su tesis doctoral, publicada en 1974 con el título de *Guano y burguesía en el Perú*, elaborada a partir de archivos franceses e ingleses, le permitió estudiar un agitado período de la historia peruana (1840-1879) donde una riqueza de origen animal, el guano (estiércol de las aves marinas depositados en algunas islas frente al litoral) comenzó a exportarse para fertilizar los

agotados campos agrícolas europeos. La tesis de H. Bonilla utilizaba conceptos como 'burguesía', 'mercado interno', 'capitalismo mercantil', 'economía de exportación', para demostrar que los considerables capitales que ingresaron al Perú en este período no lograron los objetivos que los administradores del capital y de la política peruana de entonces se habían propuesto. Dispendio de los ingresos por el guano (consolidación de la deuda interna), malas inversiones (bancos limeños poco rentables, ferrocarriles que no articularon al país y haciendas cañeras que multiplicaron los trapiches inútiles o de muy poca rentabilidad) y corrupción administrativa que condujeron, todos ellos, a la entrega de la comercialización del guano a empresarios extranjeros como el francés Auguste Dreyfus. En conclusión, como ya lo había indicado el historiador Jorge Basadre, una ocasión desaprovechada y un intento de explicación histórica que casi terminaba en la famosa ucronía de Charles Renouvier: mostrar lo que no sucedió pero que sí pudo ocurrir si las cosas hubieran marchado de una manera diferente.

H. Bonilla recurrió a las estadísticas: los precios del guano, los volúmenes exportados y descubrió las tendencias de largo plazo del siglo XIX peruano, las coyunturas de mediano plazo y las agitaciones que éstas producían en la vida social y política de la época. Era la primera vez que un historiador peruano hacía una aproximación de este tipo a nuestro primer siglo republicano para mostrar -con una buena argumentación y un sólido respaldo empírico- la frustración nacional que produjo el fracaso de la modernización, material, económico, política y social, que todos esperaban como fruto de las exportaciones del guano. Así como antes los metales

no trajeron el beneficio, tampoco los trajo el guano y no lo traerán el cobre, el petróleo, la caña de azúcar y el algodón en períodos posteriores. Era un intento de hacer una historia utilizando conceptos, discutiendo ideas y utilizando fuentes bastante seguras. El recurso a la economía, la sociología y aún la antropología le permitieron escribir un libro innovador.

El mismo autor, en los años '80, persistió en la historia económica, se alejó de la Escuela de *Annales* y se acercó de manera decidida a la *New Economic History* norteamericana y a los historiadores ingleses de la revista *Past And Present*: terminó muy cerca de Eric J. Hobsbawm, Perry Anderson, E.P. Thompson, John Coatsworth, Friedrich Katz, Eric van Young y Richard M. Morse. Heraclio Bonilla, por la naturaleza de la cooperación técnica y cultural francesa, que no ofrecía ninguna ayuda a las investigaciones postdoctorales, terminó muy crítico de la Escuela de *Annales* y de sus desarrollos más recientes y muy involucrado con el tipo de historia económica, social y política practicado en los Estados Unidos e Inglaterra. A este período pertenecen sus estudios sobre la Independencia criolla de 1821, los 5 vols. con los informes de los cónsules denominado *Gran Bretaña y el Perú. Mecanismos de un control económico* (1977), sus estudios sobre las lanas, las exportaciones peruanas (reunidas en su libro *Un siglo a la deriva, ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra de 1980*) y sobre la minería de la sierra central.

H. Bonilla estuvo muy íntimamente vinculado al Instituto de Estudios Peruanos (de 1970 a 1980 aproximadamente) que había renovado las investigaciones sociales en el Perú. Este Instituto, fundado por José Matos Mar, José María Arguedas, Jorge Bravo Bresani, María

Rostworowski y John V. Murra, a mediados de los años '60, había impulsado numerosas investigaciones sobre las sociedades campesinas modernas, las haciendas, las economías rurales andinas y la cultura y los ordenamientos andinos en general. Así se descubren los nuevos problemas agrarios, la urgencia de estudiar a la cultura andina, los efectos nocivos de la oligarquía peruana y las diversas formas de la explotación terrateniente feudal andina. Las investigaciones que ellos promovían y las publicaciones que incansablemente editaban, principalmente en el período de 1975 y 1985, se orientaban a descubrir el Perú profundo, indio, atrasado, tradicional, original y a revelar sus potencialidades para el futuro.

El Instituto de Estudios Peruanos, que reunía a investigadores sociales renovadores, algunos muy cercanos al marxismo, pero todos muy decididos a descubrir, estudiar y difundir los verdaderos problemas del Perú de ayer y de hoy: la explotación terrateniente, el carácter de la oligarquía peruana, el subdesarrollo más acentuado en las regiones alto andinas, la explotación semi-feudal de las poblaciones indígenas, la particular burguesía peruana y la ausencia de un proyecto nacional. En este ambiente, donde también trabajaba María Rostworowski, prosperaron sus investigaciones y se publicaron sus principales libros que cuestionaban la imagen histórica tradicional del Perú.

Yo mismo viajé a Francia. Había terminado mis estudios de historia en San Marcos en 1967 y en 1969 concluí una tesis sobre "*Nueve bibliotecas jesuitas en el momento de la expulsión (1767)*" tomando al libro de Lucien Febvre, *Martín Lutero, un destino*, como una referencia fundamental. Viajé a París en 1970 y en noviembre de 1973, gracias al aliento y

dirección permanente de Ruggiero Romano, defendí mi tesis doctoral de tercer ciclo, que tres años más tarde el Instituto de Estudios Peruanos publicara con el título *De la encomienda a la hacienda capitalista. El valle del Jequetepeque*, ss. XVI - XX. Un intento de mirar la historia de un valle desde los cambios lentos de la geografía, sin descuidar la evolución demográfica, los cambios en la tenencia y propiedad de la tierra, tratando de señalar una periodificación del proceso económico y estudiando también los acontecimientos de muy corto plazo como la sucesión de linajes de hacendados, la presencia de las órdenes religiosas y los movimientos sociales. Era la primera mirada, en el largo plazo de cuatro siglos, a una región rural peruana muy bien delimitada. La geografía, la economía y aún la antropología al servicio de una historia con pretensiones globalizantes. Entre 1970 y 1973 asistí puntualmente a los seminarios de Ruggiero Romano, Fernand Braudel, Pierre Vilar, Frédéric Mauro e Immanuel Le Roy Ladurie. A través de ellos me acerqué a nuevas problemáticas, metodologías más estadísticas y esfuerzos concretos de investigación: mi interés principal era la historia agraria. Pero aquí debo agregar que la biblioteca del Institute des Hautes Etudes pour l'Amérique Latine y la misma biblioteca personal de Ruggiero Romano me acercaron a importantes libros de historia sobre América Latina escritos por notables historiadores latinoamericanos. Bastaría mencionar *Pueblo en vilo* de Luis González y *El valle del río Puangue* de Jean Borde y Mario Góngora para recordar solamente dos libros que me resultaron tan provechosos como las innovadoras investigaciones de los historiadores franceses.

Luego, gracias a una segunda beca

de estudios, realicé una segunda especialización de 1982 a 1983, en la ya denominada Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. Habían pasado casi diez años de la defensa de mi doctorado, de mis lecturas de Marc Bloch, F. Braudel, I. Le Roy Ladurie, ahora tenía un mayor interés en la antropología, en lo que se comenzaba a denominar antropología histórica y en particular en los trabajos recientes de Jacques Le Goff y en la historia de las mentalidades. El libro de Le Goff *Naissance du purgatoire* de 1982 ejerció una influencia decisiva en mis nuevas investigaciones. Por eso asistí, de nuevo puntualmente, a los dos seminarios de Jacques Le Goff; también a los de C. Levi-Strauss en el College de France y los de Maurice Godelier. Marc Augé y realicé algunas visitas esporádicas al seminario de François Furet.

Ahora quisiera analizar, aunque de manera muy general, el itinerario profesional de Alberto Flores-Galindo (1949 - 1990). Un joven de clase media limeña, educado en un colegio particular (La Salle) y luego un brillante alumno, de Franklin Pease y H. Bonilla, en la Universidad Católica. En 1971, a los 22 años, defendió en esta misma universidad una tesis dedicada a estudiar a los trabajadores mineros de la sierra central del Perú (1900 - 1930). Era el inicio fulgurante de un gran historiador. Al año siguiente, en 1972, con el apoyo de F. Pease y H. Bonilla, A. Flores-Galindo ganó una beca francesa de estudios y se instaló en París durante dos años (1972 - 1974), asistiendo a los cursos de P. Vilar, R. Romano, J.P. Vernant, Nikos Poulantzas y Robert Paris, un gran exegeta y conocedor de Gramsci. Dos años intensos dedicados a asistir a seminarios, conocer el idioma y leer todos los libros posibles. Sus intereses se centraron en el marxismo occidental (L.

Althusser), el psicoanálisis, la *nouvelle histoire*, la sociología (P. Bourdieu), la antropología y la literatura francesa. Nunca se interesó mucho en la geografía, la economía y la filosofía. El marxismo, lógicamente, fue su interés central y por añadidura su aplicación en el análisis histórico tal como lo hacían W. Kula, M.I. Finley, B. Geremek, E.P. Thompson, P. Anderson, A. Gramsci, A. Labriola, R. Paris y P. Vilar, por supuesto.

A. Flores-Galindo regresó a París en enero de 1983 a defender su tesis de tercer ciclo y volvimos a encontrarnos en esta ciudad dentro de una nueva coyuntura intelectual francesa: descenso del estructuralismo antropológico, ascenso del marxismo occidental y cuando la Escuela de *Annales* estaba plenamente orientada hacia la historia de las sensibilidades y de las mentalidades. La tesis de AFG, dirigida por Ruggiero Romano, publicada luego como *Aristocracia y plebe. Lima, 1760 - 1780* en 1984 es un análisis integral de la sociedad limeña de entonces: la economía, los grupos sociales, las relaciones entre amos y esclavos, los grupos pobres marginales y los acontecimientos políticos que conducen a la Independencia criolla de 1821.

Con A. Flores-Galindo, desde 1974, después de nuestro primer entrenamiento en Francia, publicamos numerosos trabajos en conjunto: sobre los diezmos en el siglo XVIII, el feudalismo andino y los movimientos sociales (1860 - 1930) y finalmente el libro *Apogeo y crisis de la república aristocrática (1895-1930)* de 1980. Hacia 1978-79, cerrada para nosotros la tertulia de Pablo Macera, nos acercamos a Jorge Basadre, nuestro gran historiador de la república, para que leyese algunos capítulos de nuestro libro *Apogeo y crisis de la república*.

ca aristocrática. Nuestras sorpresas fueron muy grandes: leyó algunos capítulos, nos sugirió pistas muy interesantes y comprobamos su gran soledad y aislamiento celosamente conservados.

Por su temperamento, inhibiciones y estilo de vida muy pronto comprendimos por qué no se había rodeado, como en el caso de Raúl Porras B., de alumnos, de asistentes de investigación, de amigos y de una tertulia similar que hubiera producido, con toda seguridad, una influencia de incalculables dimensiones en nuestra generación de los años '60. Tenía todas las condiciones para hacerlo, pero prefirió el aislamiento, la discreción, la distancia de los grupos políticos y del periodismo. Nos pareció, en estos años, que conocía todas las novedades mundiales sobre la especialidad y que había seguido muy de cerca el proceso y situación última de la Escuela de *Annales*. Nos habló y nos mostró los dos volúmenes de la edición inglesa del libro de Theodore Zeldin, *Histoire des passions françaises, 1848 - 1945*, publicados en 1973 y en 1977 y otras novedades sobre historia de las mentalidades, que entonces no comprendimos muy bien porque aún estábamos muy involucrados con la historia económica, política y social; con las cifras y conceptos, mercado interno y mercados regionales. Nuestro último libro, para sorpresa de Jorge Basadre, mostraba un Perú múltiple, de ritmos regionales diversos, donde las ideologías tradicionales (milenaristas y mesiánicas) actuaban con eficacia y donde las mentalidades andinas tenían tanta vigencia o función como el afrancesamiento de las élites urbanas limeñas. Esto es lo que sorprendió al maestro Basadre y por otro lado le agradó la actitud nuestra, respetuosa y hasta reverente ante el gran historiador que había criticado la república criolla, pero que

tenía la posibilidad de mirar con optimismo el Perú del futuro.

Nuestro libro de 1980 nos había permitido comprobar que el trabajo colectivo era posible: era la culminación de un trabajo compartido de dos personas algo diferentes. El era 7 años menor que yo, limeño, de la clase media urbana, educado en un buen colegio, egresado de la Universidad Católica y criado dentro de una familia sinceramente católica. Yo era provinciano, salido de las clases medias rurales, educado en un colegio nacional de Lima, egresado de la Universidad de San Marcos y perteneciente a una familia sólo formalmente católica. Yo me preciaba de mi experiencia rural y AFG de su similar urbana. Pero teníamos muchas cosas en común: habíamos egresado de una escuela de historia, historiadores de vocación, nos interesaban las ciencias sociales, el mundo rural, evitábamos los dogmatismos políticos y nos apasionaba la investigación en archivos.

Casi sin darnos cuenta, como quizá debería ser, continuamos trabajando cada vez más estrechamente. Primero en el Archivo del Fuero Agrario (1978 - 1982), una rica dependencia del Tribunal Agrario donde -gracias a la tenacidad de Humberto Rodríguez Pastor y al respaldo de Eric J. Hobsbawm, Juan Martínez Alier, H. Bonilla y Pablo Maceira- se había reunido, rescatado y se conservaba una buena cantidad de archivos completos de las haciendas expropiadas durante el proceso de aplicación de la reforma agraria iniciada en 1969. Libros contables, libros de diario, de caja y una abundante cantidad de correspondencia permitieron la elaboración de numerosas investigaciones monográficas. Dentro de este ambiente escribimos el libro *Apogeo y crisis*; luego AFG terminó su *Aristocracia y plebe* y

yo mi libro más económico y cuantitativo denominado *Lanas y capital mercantil. La casa Ricketts, 1895 - 1930*, publicado en 1981.

Pero, lo más interesante de esta experiencia en el Archivo del Fuero Agrario fue que pudimos viajar por el sur andino. En 1978 visité numerosas zonas rurales del Cusco, Puno y Arequipa; sus distritos remotos y alejados. En Cusco y Arequipa conocí a varios ex-hacendados, expropiados por la aplicación de la ley de Reforma Agraria de 1969, que no entendían por qué los calificaban de terribles gamonales (hacendados tradicionales andinos), si ellos –como decían– se habían limitado a continuar con las viejas tradiciones andinas y a cultivar los viejos intercambios de solidaridad y reciprocidad con sus trabajadores: muchos de sus trabajadores, a quienes no pudieron asalarar totalmente, eran sus compadres y amigos. También trabajé diez días en la pequeñísima biblioteca pública de Sicuani, capital de la provincia cusqueña de Canchis. Aquí, a través del periódico local *La Verdad*, editado por los comerciantes locales, para criticar a los gamonales tradicionales, dueños de casi todas las tierras de la provincia, encontré muchas noticias sobre la sublevación campesina de los años 1920–1923. El mesianismo y el milenarismo andinos no eran cosa del pasado sino del mismo siglo XX. No estábamos frente a realidades ideológicas, ni políticas, sino frente a comportamientos sociales movidos por una imaginación histórica muy viva que con mucha dificultad diferenciaba las ficciones de las realidades.

En el segundo semestre de 1982 regresé a Francia con una beca de segunda especialización y cuando AFG llegó en enero de 1983, para defender su tesis

doctoral, permanecemos juntos –con ese ritmo estudiantil que habíamos practicado diez años antes– más de un mes en la Cité Universitaire. El tiempo suficiente para hacer el diseño de un nuevo proyecto en común: la utopía andina. Por eso nos comenzó a interesar seriamente la antropología, el psicoanálisis, el folklore, la cultura popular, la imaginación colectiva y las mentalidades. La historia económica, social y política había quedado relegada a un segundo plano y sin darnos cuenta nos habíamos contagiado –a pesar de las duras críticas del maestro Pierre Vilar– de los nuevos rumbos de la Escuela de *Annales*. Al regreso a Lima comenzamos a trabajar en el Instituto de Apoyo Agrario (1983 - 1987); institución muy cercana a la Confederación Campesina del Perú (CCP) y a un partido importante de izquierda. Luego, en 1987, A. Flores-Galindo fundó Sur. Casa de Estudios del Socialismo y comenzó a publicar la revista *Márgenes*. Había optado por el socialismo militante (sin compromiso con ningún partido político), por el ensayo histórico, por la tertulia institucional y por la promoción de nuevos estudios e investigaciones socialistas. En 1987 publicó su libro *Buscando un inca, identidad y utopía en los Andes*, ss, XVI - XX, y en 1988 pliqué mi libro *Nacimiento de una utopía, muerte y resurrección de los incas*.

El proyecto utopía andina había concluido así, como dos esfuerzos individuales, desarrollados gracias a becas internacionales, dentro de instituciones no gubernamentales, conocidas como instituciones de izquierda, interesadas en descubrir, promover y difundir una visión crítica del pasado peruano y contribuir a diseñar una posibilidad futura del Perú comprometida con las expectativas andinas y populares.

4. Epílogo

A. Del mito a la realidad

He elegido, de manera conciente, el ensayo y el testimonio personal para analizar, buscando precisión y objetividad, la influencia de la Escuela de *Annales* en la historiografía peruana contemporánea (1950-1990). Con la finalidad de distinguir mejor la influencia de la Escuela de *Annales* en el Perú he distinguido tres períodos: 1. La influencia clásica francesa (1930-1960); 2. Mitos (1950-1970): primeras influencias de *Annales*; y 3. Realidades (1970-1990): la generación afrancesada, el marxismo y la revolución. El segundo período he querido denominarlo de los *Mitos*, por una razón muy sencilla: los historiadores de esta época no asumieron conscientemente esta influencia, ni se identificaron abiertamente con ella. ¿Eran reales o ficticios los vínculos establecidos entre la Escuela de *Annales* y los historiadores peruanos durante este período? No puedo detenerme a ofrecer una respuesta rotunda y definitiva.

En el tercer momento aparecen lo que podríamos denominar los historiadores "afrancesados", que podrían hacer recordar a los "afrancesados" de las primeras décadas del presente siglo, con un largo entrenamiento en Francia, con estables relaciones con especialistas franceses, con un buen manejo del idioma francés, comprometidos con el marxismo y la revolución y posesionados de una amplia bibliografía de la denominada Nouvelle Histoire. Pero deberíamos preguntarnos, por una cuestión de rigor, ¿solamente estos hechos, casi burocráticos, una beca, una amistad y la propiedad de unos libros, determinan la influencia de una escuela histórica extranjera en la formación y práctica profe-

sional de un grupo de historiadores peruanos? Considero que hay razones mucho más profundas, intelectuales, sociales y políticas que crearon la permeabilidad de los historiadores peruanos a la influencia de la Escuela de *Annales*.

En primer lugar el espíritu iconoclasta, la actitud herética, la convicción científica globalizante y la posibilidad de un acercamiento sistemático a las tradiciones culturales nacionales que permitía y, de alguna manera, promovía la Escuela de *Annales*. El espíritu iconoclasta con respecto a la historiografía tradicional se convierte, en el Perú, en una actitud de crítica sistemática a la historiografía tradicional peruana, la que había sobrevalorado la herencia criolla, cristiana y occidental. La iconoclasia permitió a los historiadores de esta tendencia hacer una historia al revés, de los grupos oprimidos, desplazados, de los sin historia, de los indígenas y denunciar las formas de explotación, discriminación, internas y externas, que mantenían postrado al Perú en el atraso y la miseria. Los historiadores de esta tendencia no tuvieron ninguna timidez en señalar a la conquista española, al sistema colonial hispánico, la ineficacia de la república criolla y a las diversas formas de explotación imperialista como los culpables del atraso y miseria actuales. Era, evidentemente, una interpretación iconoclasta de la historia peruana y aún al revés: la relación con Europa, con Occidente, al liquidar las armonías de los sistemas andinos nos sumió en la crisis y las dificultades permanentes.

La actitud herética frente a los dogmatismos políticos y teóricos permitió una apertura hacia los diversos avances de las ciencias sociales. De esta manera, en el caso específico de A. Flores Galindo, se proseguía con la tradición marxis-

ta y revolucionaria inaugurada por José Carlos Mariátegui (1849-1930): un pensamiento reactivo a los dogmatismos y abierto a las diversas corrientes intelectuales. Este precedente permitió, por otro lado, que la influencia de la Escuela de *Annales* no entrara en abierta oposición con un pensamiento revolucionario y una militancia, pasiva o activa, vanguardista. Además, dadas las características de la sociedad peruana, múltiple étnica y culturalmente, con amplias mayorías que no tenían acceso a la escritura, se hizo necesario el recurso a las otras ciencias sociales para intentar aproximaciones históricas globalizantes y totalizadoras. Finalmente, la historiografía peruana no podía prescindir de las tradiciones intelectuales desarrolladas en el Perú: el indigenismo y el pensamiento socialista de Mariátegui influyeron poderosamente en la emergencia de una historia crítica, moderna, andina y nacional.

En consecuencia la Escuela de *Annales* transmitió sus influencias al Perú a través de mecanismos burocráticos porque existían condiciones políticas, intelectuales y aún sociales que hacían viable la transferencia de elementos de una escuela histórica extranjera a una generación de nuevos historiadores peruanos. Que no podemos, de ninguna manera, reducir a tres casos. Aquí tendríamos que agregar otros nombres: Diego Messeguer y sus estudios sobre Mariátegui, Germán Peralta y su tesis sobre el comercio de esclavos en el siglo XVII; Nelson Manrique y Wilfredo Kapsoli, también por la influencia de viajes posteriores, han terminado por acercarse más conscientemente a la Escuela de *Annales*. Incluso debemos indicar que Franklin Pease y Luis Millones, que han realizado importantes estudios de etnohistoria, bajo el estímulo de his-

toriadores norteamericanos, también se han acercado a la Escuela de *Annales*. Bastaría mencionar el último libro de Millones sobre Santa Rosa de Lima, una devoción religiosa surgida en la Lima del siglo XVIII. Entre los más jóvenes tendría que mencionar a Luis Miguel Glave, María Isabel Remy y José Deustua de la U. Católica y a Luis E. Luna de la Universidad de Lima. Y un libro último de Imelda Vega-Centeno, *Pedro Pascual Farfán de los Godos. Obispo de Indios (1870-1945)*, 1993, donde la autora aplica la metodología braudeliana, de las tres duraciones de la historia, para explicar mejor la biografía de un personaje cusqueño.

Finalmente para terminar quisiera remarcar que un último rasgo que caracteriza a la historia crítica, nacional, andina y moderna en el Perú es su carácter extrauniversitario y su transmisión más por la tertulia que por la lección magisterial en las aulas, o por las obligaciones que imponen los planes de estudios de las escuelas de historia. Tal como sucedió con Mariátegui en los años '20, el nuevo pensamiento social surgió al margen de la universidad y en esa fecunda convivencia de la investigación histórica, la teoría social y la reflexión política. Este rasgo, que antes constituía su fuerza, ahora, con la crisis de las ideologías, el avance del neoliberalismo, de las universidades privadas y el colapso de los socialismos en Europa oriental, se puede convertir en su mayor debilidad.

NOTAS

1. Fernand Braudel, *Escritos sobre la historia*, Alianza Editorial, Barcelona, 1991. En especial ver el capítulo aludido "Mi formación como historiador".
2. Esto lo encontramos ampliamente descrito en su ensayo "L'appetit de l'histoire", en el libro

- colectivo *Essais d'ego-histoire*, París ed. Gallimard, 1987: pp. 173-239.
3. G. Duby, *La historia continúa*, Madrid, ed. Debate, 1992. El autor, de manera testimonial, muestra los pormenores de su itinerario intelectual y a través del de la Escuela de *Annales*.
 4. Ver su artículo "1949: nacimiento de un gran libro: *El Mediterráneo...*" de Fernand Braudel, en *Primeras Jornadas Braudelianas*, México, 1993. Ruggiero Romano destaca muy bien la importancia del análisis geográfico, del tiempo lento de la geografía y de todas sus implicancias en el proceso histórico, dentro de la obra de Braudel, pero critica el abandono de lo social y lo económico en la historiografía actual.
 5. Ver su ensayo "*Dimensiones y alcances de la obra de Fernand Braudel*" en *Primeras Jornadas Braudelianas, ídem.* También se pueden ver los diversos ensayos publicados en la revista *Eslabones*, (México), Enero: 1994: Nº 7. en la sección *Ecos de la Historiografía Francesa en América Latina*.
 6. R. Porras Barrenechea, *La marca del escritor*, Ed. F.C.E.: Lima, 1994: p. 128.
 7. Una continuación de esta corriente o influencia francesa, por supuesto en términos más modernos, la representa Bernard Lavallée, que ha realizado interesantes estudios para conocer la acción de los criollos en la época colonial tardía.
 8. J. Basadre, *La vida y la historia. Ensayos sobre personas, lugares y problemas*, Lima, 1975: p. 249.
 9. Así lo indica en el prólogo a *La marca del escritor, ídem.*: pp. 9-10.
 10. En el reciente libro de Mario Vargas Llosa, *El pez en el agua. Memorias*, Barcelona, Ed. Seix-Barral, 1993, se puede encontrar un riquísimo y, desgraciadamente, a la vez subjetivo anecdotario sobre los jóvenes universitarios que se reunían alrededor de Porras Barrenechea en los años '50.
 11. "Evocación de un maestro y de un historiador" en R. Porras Barrenechea, *Ideólogos de la Emancipación*, ed. Milla Batres, Lima, 1974, pp. VIII-IX.
 12. Basta mencionar "La descendencia de Huayna Capac (1937-1948)", "Los caciques Apoalaya (1943)" o "La azarosa existencia de un mestizo de sangre imperial" de 1943. En esta misma línea María Rostworowski de Diez Canseco publicó "Curacas y sucesiones. Costa norte" de 1961 y "Los ascendientes de Pumacahua" en 1963. Bastaría recordar, que por estos mismos '50, John H. Rowe había ya comenzado a desarrollar todo un programa de investigación para demostrar la existencia y vitalidad de las familias nobles incas en el Cusco de la época colonial.
 13. En ella decía: "Dr. Raúl Porras: Ud. que ha potenciado tan brillantemente la figura de Pizarro y la obra de los cronistas de la conquista ¿querrá leer esta historia desalificada de unos caciques disminuidos? Muy cordialmente: Ella Dunbar Temple".
 14. "En la mañana del 27 de setiembre (de 1960), a eso de las 11:00 a.m. sonó el teléfono de mi bufete de abogado. Tomé el auricular: la voz de Raúl lejana y trémula, casi imperceptible, preguntaba por mí: "Quiero pedirte un favor, Luis Alberto; esta tarde, en la sesión de la Facultad, se debe ver la licencia de Pablo Macera, joven profesor a quien conoces, va a viajar a París. Por favor, apóyalo y saca su asunto adelante...". L.A. Sánchez, *Testimonio personal 4. Las confidencias de Caronte, 1956-1967*, Lima, Mosca Azul Editores, 1969: pp. 104-105.
 15. "En 1960 fui catapultado de Lima a París con una beca de la UNESCO que no supe aprovechar aunque las apariencias indiquen lo contrario", P. Macera, *La imagen francesa del Perú*, Lima, 1976: p. 7.
 16. "Su aventura intelectual fue una lenta acumulación que iba esbozando poco a poco en él, no ideas, y menos todavía un sistema de ideas, sino más bien millones de imágenes, que constituían el fabuloso espectáculo de la historia, y en las que se mezclaba el ayer con el hoy. Y en todo ello ninguna preocupación de orden lógico. Más bien, ante todo, el placer por el descubrimiento" ("Braudel antes de Braudel"), en *Primeras Jornadas Braudelianas*, pp. 92-93")